

Pensar como un iceberg

OLIVIER REMAUD

TRADUCCIÓN DE
MERCEDES FERNÁNDEZ CUESTA

POSFACIO DE ANNE-MARIE GARAT



Título original:
Penser comme un iceberg

Primera edición: enero 2022

© Actes Sud, 2020

© 2022 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2022 de la traducción: Mercedes Fernández Cuesta

© 2010 del diseño de colección: Raúl Fernández

Diseño de cubierta: Gabriel Reguero

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16529-97-1

Impreso en España

Depósito legal: M-208-2022

La noche se hacía cada vez más densa. Las lámparas frontales ajustadas a los cráneos, avanzábamos en fila india por la ladera de una montaña escarpada. Todavía se veía el trazado del camino, la luz tranquilizaba. Abajo el valle había desaparecido. Ante nosotros, proporciones inmensas. Cuanto más escalábamos, más pequeños nos hacíamos.

Habíamos salido justo antes de anoecer. Llevábamos varias horas andando y nuestro campo de visión se estrechaba. Yo estaba suspendido de la zona iluminada que parpadeaba frente a mí. En torno a nuestra comitiva se revelaban los seres que se ocultan de día. Las lechuzas comenzaron a ulular. Puede que estuvieran buscando madera muerta para rehacer sus nidos en el tronco que un pájaro carpintero había abandonado. O que fueran los machos entonando su cortejo nupcial. Nos rozaban en silencio. Sin duda nos observaban con sus grandes ojos hipnóticos, como faros giratorios.

Pasada la línea de los árboles, el sendero estaba bordeado de pequeños apilamientos de piedras y guijarros. Entramos en las morrenas. Hicimos una cordada para evitar riesgos inútiles.

Tan otro, tan próximo

Tan atrás como puedo recordar, el refugio se dejó ver poco antes de las dos de la madrugada. Estaba discretamente encaramado en un promontorio rocoso y ya no tenía plazas disponibles. Advertimos la terraza. El frío era tan intenso que nos pareció de lo más

acogedora. Y dado que brillaban las estrellas, decidimos echarnos a descansar. Teníamos solo una hora para dormir. Debíamos volver al sendero antes de que se llenara de nieve. Alrededor del refugio, el hielo había reemplazado a la morrena. Una vez colocados los crampones y los arneses, la comitiva partió con la cuerda tensa y el paso lento. Se hizo un largo silencio. Solo se oían las respiraciones. Vimos la cima del Mont Blanc desde Tacul.

De pronto la visión se redujo. A nuestro alrededor se había hecho muy oscuro. Mi lámpara frontal parpadeó, como si el suelo de hielo se hubiera puesto a temblar y la pendiente se inclinara todavía más. Probablemente, una de las correas de cuero de mis crampones estaba mal apretada. Mi bota resbaló, mi tobillo se torció. Tropecé y perdí el equilibrio. Abajo, revolotearon relámpagos: mi piolet desapareció en el valle y su oscuridad. Me golpeé la pierna derecha contra la roca. Tenía la rodilla contusionada. Adiós ascensión.

Muchos años después, recorro el lecho de una antigua lengua glaciar; más adelante, un camino de tierra de guijarros. Nuestro amigo Porvarour Árnason está concentrado. El barro cubre las ruedas de su *jeep*, un relieve accidentado nos proyecta en todas direcciones. Cae desde por la mañana una fina llovizna. Nos cercan altas paredes, como en el fondo de un valle. Luego abandonamos el vehículo y emprendemos la marcha que debe conducirnos al pie del glaciar. No lejos, percibimos el sonido de una cascada. Atravesamos un campo de bloques amontonados unos sobre otros. Ni un árbol. Solo rocas de diferentes tamaños.

Lo vemos a plomo desde una colina. El hielo está rodeado por un cinturón de limos arcillosos. Descendemos hacia una especie

de claro pedregoso y entramos en una cueva al fondo del todo. El sol brilla tímidamente, pero sus rayos atraviesan una cortina de humedad. Iluminan el techo transparente. Aparecen formas heladas: burbujas de aire, filamentos de polvo, gavillas de hierba y de hojas, fragmentos de sílex. Todo está cristalizado. Las paredes de la cueva de matices azulados son lisas. Acariciamos las siluetas. No dejamos la mano mucho tiempo. Al fondo, una corriente desprende su vapor sobre la roca. El torrente rugie. Arriba, el glaciar cruje. Suda también. Caen al suelo gotas. Avanzamos a gatas para no rozar las estalactitas de hielo. Me doy cuenta de que son de ayer y que no durarán una noche. Llega el crepúsculo. Volvemos a salir. El lugar parece una avanzadilla lunar. Es otro completamente distinto y no necesita nada. Así que decimos adiós al Breiðamerkurjökull, como a un viejo conocido.

Una acumulación de *seracs* en la cueva de un antiguo glaciar costero, el recuerdo de mi ascensión abortada a la montaña, frustró aquel día nuestra caminata. Yo ya había experimentado en las cumbres de los Alpes que el hielo había cedido bajo mis pies y que me había despertado siendo un ser con un sueño que languidecía. Como si hubiéramos entrado en un lugar haciendo mucho ruido y su propietario nos hubiera mirado frunciendo el ceño. Al sudeste de Islandia, tuve de nuevo la impresión de que un ojo nos miraba, que un espíritu espiaba nuestros gestos, escuchaba nuestras conversaciones y disfrutaba con nuestros silencios. También me quedé fascinado con la joven Unn, en *El palacio de hielo* de Tarjei Vesaas, cuando intuye que no está completamente sola entre las grietas de una gran cascada transformada por el hielo en maravillosa mansión.

Me vienen a la memoria recuerdos diferentes. Todos impresiones blancas: la nieve nueva y crujiente en los bosques de mi

infancia en Touraine, un paisaje de abetos totalmente cubiertos en la Selva Negra, el murmullo del agua corriendo bajo un puente cubierto de escarcha al fondo de un valle de Queyras, la luz cegándome durante una breve parada de tren en una estación de montaña entre Oslo y Bergen.

Aquellos recuerdos de invierno ahora afloraban a la superficie. Esta vez me dejaban más perplejo ante la necesidad actual de colocar un espejo entre la naturaleza y yo. Hacía tiempo que me intrigaba la resistencia de tantos viajeros que tropezaban como inocentes insectos con su propia imagen, creyéndose protegidos tanto por sus utopías como por sus miedos. En Islandia comprendí que algunos de ellos se habían sentido escrutados. Les faltaban las palabras para traducir aquella experiencia. Trataban de resolver un enigma que no era únicamente el de un espectáculo sublime. Era el de una vida diferente que debía apreciarse por sí misma. Querían ver a los que les vigilaban y que no siempre estaban contentos. Como carecían del lenguaje adecuado, suponían a lo más que al espejo le faltaba azogue.

Allí arriba

Una gota líquida cae del cielo adoptando la forma de un copo de nieve.

El escritor Eugène Rambert nos recuerda que el copo puede recorrer grandes distancias y viajar desde el océano Atlántico hasta las cimas de los Alpes, para volver al mar por el Danubio, el Ródano, el Po, el Rin... Su errancia dura de unas horas a medio siglo. Todo depende de los vientos. Luego llega al suelo. Sus aristas se redondean y terminan por desaparecer. El copo se

convierte en cristal de hielo. Se fusiona con otros copos que hacen lo mismo. Se forma un nevero. Los cristales se siguen aglomerando y se transforman en glaciar. Así la nieve se transforma en hielo compacto en las laderas del glaciar de Bossons, en el valle de Chamonix. Luego los cristales se funden y el copo recupera su condición original de gota de agua: «Describir el glaciar es contar este viaje».¹

En las regiones montañosas la aventura del copo de nieve se vive de otro modo. Los meses de invierno eran periodos de inquietud y de replegarse. Se temían porque era tiempo de ventiscas, neveros, desplazamientos aplazados, a veces imposibles. Las campanas alertando de las tormentas ayudaban a los que perdían el trazado del camino que conducía hasta el pueblo.² La nieve se asociaba con las catástrofes que los glaciares provocaban al desbordarse de sus lechos. No hay oración ni procesión de monjes de colegiata que pueda impedir la «avalancha» o «surge», en el vocabulario de los glaciólogos anglosajones. Las bolsas de agua interiores que se forman durante el deshielo de verano ceden y anegan primero los pastos y luego a los habitantes de las tierras bajas. Los bloques salen despedidos por el aire y caen en mil pedazos sobre las casas. Aparecen lagos con pequeños icebergs flotando. Valles enteros aparecen inundados por una invasión de *seracs*. Las avalanchas de hielo ilustran los anales del macizo de los Alpes. El recuerdo de desastres monumentales alimenta durante años las conversaciones de las veladas junto al fuego. El temor a semejantes sucesos hace solidarias a las gentes de la

1 Eugène Rambert, «Le Voyage du glacier», *Revue des Deux Mondes*, 1867, t. LXXII, pp. 377-410.

2 Martin de La Soudière, *Quartiers d'hiver. Ethnologie d'une saison*, Créaphis, París, 2016, pp. 39-48.

montaña. Los aldeanos se protegían unos a otros de la furia de aquellos mastodontes encaramados. Juntos reconstruían sus muros y sus calles.

Desde arriba los glaciares nos parecen un mundo lejano. Queremos evitarlo, pero también nos llama la atención. La travesía por los pastos de montaña cubiertos de nieve siempre implica un riesgo. Cuando Élisée Reclus se interesa por este medio natural, los desplazamientos durante el invierno aún obligaban a los que los frecuentaban a tomar muchas precauciones. La mayor parte de los vehículos no resistían los furores del invierno. Los trineos reemplazaban a las carretas y las mulas para atravesar los puertos. Ofrecían puntos de vista privilegiados sobre el relieve y los hendidos del paisaje: «Es viajando en trineo por entre los desfiladeros de montaña como se conoce de verdad la nieve de las cumbres. Su armazón ligero se desliza sin ruido; ya no se oye el roce de las cuchillas en el suelo firme y parecería que viajaras por el aire, llevado como un espíritu. Lo mismo rodeas la hoz de un barranco que el saledizo de un promontorio; se pasa del fondo de las simas al borde de los precipicios, y en todas estas formas tan variadas que se suceden a la vista la montaña conserva su blancura perfecta. El sol ilumina la superficie de la nieve y vemos brillar innumerables diamantes; el cielo es gris y bajo, los elementos parecen confundirse. Jirones de nubes, montículos nevados, no se distinguen los unos de los otros; se diría que flotan en el espacio infinito; ya no pertenecen a la tierra».³ El viaje en trineo era una manera de incorporar la montaña, de vivir en su presencia adoptando sus contornos. Muy cerca de la nieve, se comprenden sus variedades, se sortean

³ Élisée Reclus, *Historia de una montaña*, José J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 2008.

sus trampas, te desplazas con la facilidad de un pájaro en pleno vuelo o un trasgo de los montes.

Es en el descenso donde la montaña se manifiesta más crudamente, sobre todo durante una tormenta. El trineo se embala y se hunde en las pendientes. Daría la impresión a quien lo conduce de provocar una avalancha, del modo como chirría la nieve a su paso. En este «galope infernal», esta «carrera desenfrenada», el promontorio o el barranco, oculto bajo la nieve, eran los peores enemigos. La llegada a pie de monte se vivía con alivio, a veces incluso como el final de una larga «alucinación».⁴

Reclus duda cuando describe el glaciar en lo alto del macizo montañoso. En contraste con el «mundo feliz» de la naturaleza abajo, hace de él un vasto entorno «lúgubre, con sus riscos enormes, su amasijo de piedras, su terrible silencio y su aparente inmovilidad. Es la muerte y la vida juntas». Utiliza la imagen de la «mortaja» para aludir a la nieve que cubre los relieves del suelo, enmascarando sus asperezas y sus abismos.⁵ Pero sabe que los movimientos del glaciar modelan «con una fuerza invencible» la superficie del planeta. Sus nieves regresan a las nubes al evaporarse. Ínfimas moléculas caen de nuevo y vuelven a formar el hielo. El glaciar une la tierra y el cielo. Forma parte de los ciclos de la vida.

El geógrafo lo clasifica en el registro de la «naturaleza inanimada». Emplea, sin embargo, términos que le dan un alma, sobre todo al aproximarse la primavera: «Cuando te haces íntimo del glaciar durante largas exploraciones y sabes apreciar todos esos pequeños cambios que suceden en su superficie, es una alegría, una delicia recorrerlo un día cualquiera de verano. El calor del

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*